

# 1

Los *bloodybacks* cargaron al abrigo de la cálida oscuridad y en pos de la batalla.

Una luna oculta tintaba las nubes de plata y derramaba un brillo tenue sobre las copas aserradas y picudas de los pinos que recortaban el horizonte hacia occidente. Al este, el cielo estaba privado de nubes: un abismo de oscuridad moteado por la luz pura de las estrellas. Los senderos bajo los árboles estaban oscuros, completamente oscuros, una oscuridad en la que las largas hileras de hombres maldecían en voz baja.

Cuando el sol emergiera, traería consigo el vaporoso y asfixiante bochorno del día; aunque incluso ahora, a esas horas de la noche, hacía un calor sofocante que provocaba que los hombres sudaran bajo las gruesas casacas de lana. Casacas rojas. Eran soldados; seis compañías, que seguían a sus oficiales, a través del frondoso desfiladero, hacia una taberna, un cruce de caminos, hacia el enemigo.

Se oía el agradable fluir de un arroyo que quedaba al sur, el viento sacudía las ramas de los pinos y las hordas de insectos nocturnos ahogaban cualquier ruido que las tachuelas de las botas pudieran hacer al quebrar las agujas de pino, caídas y secas. Una orden susurrada pasó de boca en boca por la hilera de hombres. Estos se detuvieron y se acuclillaron.

Las manos del soldado raso Sam Gilpin estaban empapadas de sudor. El calor hacía que le picara todo el cuerpo. Se oyó el relincho de un caballo. Debía de ser un caballo enemigo, ya que los casacas rojas habían venido a pie. Incluso el general iba a pie. El ruido le dijo a Sam que el adversario estaba cerca, muy cerca, y, a pesar del calor pegajoso, sintió un repentino escalofrío.

No podía abrir fuego con su mosquete. Ninguno de los soldados podía hacerlo, ya que se les había ordenado que desenroscaran el pie de gato y retiraran los pedernales. Un mosquete sin pedernal no podía provocar la chispa que encendía la pólvora, así que no podía disparar, pero tampoco se corría el peligro de que algún patoso tropezara en la oscuridad y disparara, sin querer, alertando al enemigo.

Los casacas rojas habían llegado al abrigo de la cálida noche, en silencio, y el enemigo estaba cerca.

—¡Seguidme!

Una vez más la orden fue un susurro. La compañía de Sam abandonó el sendero y se adentró en la negrura del bosque. Todos intentaban caminar en silencio, pero las ramas crujían, las agujas de pino secas chascaban y, en una ocasión, la culata de latón de un mosquete chocó con estruendo contra el tronco de un pino.

El ruido hizo que los hombres se quedaran helados, pero no se oyó ninguna voz de alarma en las líneas enemigas. Sam se preguntaba si estos enemigos estarían esperando, despiertos, preparados. ¿Tendrían los mosquetes cargados, los pedernales tensos y listos para restallar y sembrar el bosque de humo y muerte? El corazón le palpaba con fuerza, con el miedo que siente el soldado antes de la lucha. El sudor hacía que le picaran los ojos. Se hacía difícil respirar el aire resinoso. La columna volvió a moverse y Sam vio un resplandor rojo a su izquierda. Supo entonces que allí se encontraba el campamento enemigo.

—¡Abajo!

Sam se detuvo y se acuclilló. El brillo rojizo correspondía a los restos de una hoguera. Se veían otras hogueras moribundas entre los árboles. Las brasas resplandecientes revelaban las siluetas de unos edificios oscuros. Una vez más relinchó un caballo, pero Sam no podía ver movimiento entre las hogueras.

—¡Bayonetas! ¡Bayonetas! —La orden fue un brusco susurro.

Sam desenvainó la bayoneta. Había afilado la hoja a la luz del atardecer hasta conseguir una punta endiablada. La enganchó a la boca del mosquete y la giró para fijarla. Sintió en las manos la grasa pegajosa que servía para que la bayoneta no se oxidase. A su alrededor podía oír el raspar y el chasquido de otras hojas siendo caladas. Parecía imposible que el enemigo no pudiera oírlo y, sin embargo, no hubo gritos ni fognazos de mosquete. Sam cogió una tira de cuero de la cartuchera. Ató un extremo a la base de la bayoneta y el otro al portafusil. Ahora ningún enemigo sería capaz de arrancar la hoja de su lugar, y Sam tampoco la perdería cuando la retirase de las entrañas de un cadáver.

Sam tenía miedo, pero también sentía euforia. No quería decepcionar a sus compañeros, temía defraudar al capitán Kelly o ser objeto del desprecio del sargento Scammell. Temía su propio miedo,

aunque también atesoraba el fogoso orgullo de todo joven. Eran bloodybacks, casacas rojas, los reyes del castillo, los gallos del estercolero, soldados del rey, y en un instante serían desatados como perros salvajes, para despedazar a los enemigos del monarca.

Sam oyó pasos a la derecha y vio la esbelta y oscura silueta del sargento Scammell caminando a lo largo del frente de la línea.

—No estáis aquí para bailar con esos sodomitas, habéis venido a matar a esos hijos de puta. ¿De acuerdo? —La voz de Scammell no era más que un susurro y, sin embargo, aún resultaba temible.

Scammell no le caía bien a casi nadie en la compañía, pero incluso aquellos que le odiaban agradecían su presencia esa noche, porque, en medio de la confusión de la batalla, el sargento hacía gala de una escalofriante eficacia. El rojo de las brasas de las hogueras se reflejaba en la bayoneta de acero, de diecisiete pulgadas de largo, de Scammell.

Sam palpó su hoja grasienta. Era una bayoneta triangular, dotada de una acanaladura para permitir que fluyera la sangre, para que el arma no se quedase enganchada en la carne. No era un arma de corte, sino de estocada.

—A las tripas o a la garganta —susurraba Scammell—. ¡Estos chismes no son para hacer cosquillas! ¡Matadlos!

El capitán Kelly y el alférez Trumbull ya habían desenvainado los sables. Ambos oficiales estaban al borde de la arboleda, observando al enemigo. Kelly era un hombre alto y tranquilo, y los hombres le apreciaban. Trumbull tenía trece años, un escolar al que le había sido entregada una casaca de oficial. Los hombres le despreciaban. Sam vio que la hoja del alférez temblaba ligeramente y supo que el muchacho estaba nervioso.

El hermano gemelo de Sam también estaba nervioso.

—No te alejes, ¿vale? —dijo Nate.

—Descuida —dijo Sam para tranquilizarle, tal y como siempre hacía.

En noches como aquellas, en casa, en Inglaterra, los hermanos solían ocultarse en los bosques de Squire. Pero así como Sam siempre aguardaba con ansia que empezara la caza, Nate no hacía más que preocuparse de que pudieran pisar un cepo o que pudieran ser sorprendidos por los guardas forestales. Sam siempre lideraba, Nate siempre le seguía, pero esa noche la pieza era mucho más peligrosa que los ciervos de Squire.

Sam contempló las hogueras moribundas. Quizá en Inglaterra las llamas del hogar en la cabaña de sus padres también se estuvieran apagando a la espera del amanecer para ser reavivadas. El capitán Kelly le había dicho a Sam que el sol salía antes en Inglaterra de lo que lo hacía allí, pero Sam no alcanzaba a entenderlo, así que imaginaba que en ese mismo momento los gallos de su madre se estarían desperezando para despertar al mundo, mientras que los perros de su padre estarían aún revolviéndose en sueños junto al fuego de la cocina. Entonces se preguntó lo que pensarían las chicas del pueblo si vieran ahora a Sam Gilpin, con el rostro sucio y el mosquete en la mano, esperando la orden de atacar a los enemigos del rey. Pensar en eso ahuyentó los nervios y le hizo sonreír.

—Ojalá empezaran ya —murmuró Nate a su lado.

El horizonte lucía ahora una franja gris que hacía palidecer el brillo de las estrellas del este. Era lo que llamaban falso amanecer. La tierra aún era negra. El caballo enemigo volvió a relinchar y Sam oyó el repiqueteo de sus cascos en suelo firme, y se preguntó si, en torno a las hogueras moribundas, yacían las siluetas abultadas de hombres durmiendo. La inevitable inquietud, nacida de la espera, empezaba a hacer mella en él. ¿Acaso no tenían centinelas? El enemigo debía de haber apostado piquetes a lo largo del bosque. Quizá los estuvieran esperando. Quizá tuvieran cañones ocultos en la oscuridad, junto a las casas. Quizá, en un instante, los grandes bocales empezaran a escupir llamas y metralla, a reventar las tripas de los hombres y a convertirlas en una sangrienta casquería.

Sam se pasó la lengua por los labios secos y coqueteó con el miedo que le producía lo que estaba a punto de ocurrir. El capitán Kelly, antes de ponerse en marcha, les había dicho que aquella era la retaguardia del enemigo, que su cometido era entorpecer el avance británico, y los casacas rojas tenían intención de destruir esa retaguardia, no con fuego ni con balas, sino con las hojas de diecisiete pulgadas. Sam temía que, en vez de eso, estuvieran marchando como ovejas hacia el matadero.

—¡Vamos, vamos, vamos!

La orden se dio en voz baja. Por alguna razón Sam había esperado que sonaran las trompetas, que se desplegaran los grandes estandartes de seda, la orgullosa panoplia necesaria para empujar a un soldado hacia la muerte.

—¡En marcha! —les siseaba Scammell a los hombres.

Los oficiales emergieron de la espesura, caminando a la tenue luz de la luna que se escurría entre las nubes ajadas. Sam los siguió. A su izquierda, más allá del sendero, pudo ver filas de soldados surgiendo de entre los árboles como fantasmas. Las casacas rojas parecían negras en aquella oscuridad; sin embargo, los pantalones claros y las bandas blancas, cruzadas en bandolera, sí parecían luminosas, aunque no tanto como las largas bayonetas que destellaban en la noche.

El suelo estaba cubierto de hierba salvaje e irregular. Las tropas avanzaban por la oscuridad distribuidas en tres líneas angulosas y con gran afán de llegar hasta el enemigo dormido. Aunque quizá no estuviera dormido. Sam, en la línea delantera, buscó con los ojos el resplandor de alguna mecha que pudiera estar lista para disparar los cañones.

Un perro percibió en la leve brisa el olor de los sucios extraños y empezó a ladrar. Una de las siluetas, tumbada junto a una hoguera, se movió y se incorporó. Las líneas de puntas afiladas avanzaron, las botas retumbaban sobre la hierba, se oían las pesadas respiraciones.

Los ladridos del perro se tornaron frenéticos y despertaron a otro perro, que empezó a aullarle a la luna; el escándalo azuzó a los oficiales, que decidieron abandonar todo sigilo.

—¡A la carga! ¡A la carga! —La segunda frase surgió como el chillido de una *banshee* anunciando la muerte.

Y los hombres, desbocados, rugieron. Sus nervios, cargados de tensión, los impulsaban hacia delante. Los miedos de Sam quedaron sepultados bajo la euforia que provoca el peligro. Ningún cañón enemigo esparció el fuego y la muerte. Ningún fogueo de mosquete quebró la oscuridad. Los centinelas enemigos se habían quedado dormidos: los casacas rojas habían logrado sorprenderlos.

Los primeros enemigos murieron mientras dormían. Otros se despertaron solo para ver ante ellos las bayonetas resplandecientes. Las puntas cayeron. Sam, cerca ya de la primera hoguera, apuntó a la garganta de un hombre que dormía. Empujó hacia abajo y el acero penetró limpiamente en la fina piel hasta hundirse en la tierra que había debajo. La sangre salpicó a Sam y tiñó el rostro de su enemigo de negro. Más sangre, un chorro surgido de una arteria atravesada, siseó al caer sobre las brasas moribundas.

Más casacas rojas adelantaron a Sam, lanzando estocadas al suelo. El enemigo se revolvía para salir de debajo de las mantas, pero ya era tarde. Murieron con las hojas en las tripas, en las costillas, en las gargantas. Los británicos barrían el campamento, se oían los hoscos gruñidos de esfuerzo, seguidos del sordo corte del acero en la carne.

Sam tiró del fusil para sacar la bayoneta de la tierra. El cuerpo de su víctima temblaba, espasmódico, mientras Sam intentaba recuperar la hoja del cuello lacerado. Tuvo que pisar el pecho del moribundo para arrancar el acero.

Ahora Sam estaba en retaguardia; su alma, ligera merced a la dicha de la batalla, corrió hacia delante, sin preocuparse de dónde podía estar su hermano. Vio a dos enemigos corriendo hacia un estante de mosquetes y alcanzó a uno; le hizo caer, le dio una patada en la mandíbula y atravesó la espalda del otro con la bayoneta. El sujeto chilló, se inclinó hacia atrás e intentó aferrar el arma que Sam le retorció en los riñones. La boca abierta del hombre aulló a las estrellas; luego se desplomó, agonizante, chillando, aunque sus chillidos quedaron confundidos por otros y por el rugir triunfal de los casacas rojas.

El sargento Scammell no gritaba, solo mataba con su habitual eficacia. La espada del capitán Kelly estaba empapada en sangre hasta la empuñadura. El alférez Trumbull chillaba como una niña entusiasmada, y gritaba órdenes que nadie obedecía.

Hubo fogonazos de mosquete a la izquierda de Sam.

—¡Formación izquierda! —dijo el capitán Kelly con voz calmada—. ¡Formad! ¡La compañía avanzará a paso ligero! ¡Tranquilos, muchachos!

Solo la mitad de la compañía atendió a la orden. El resto estaba demasiado ocupado repartiendo muerte.

—¡A la carga!

Sam vio que el puñado de enemigos huía ante la amenaza de las bayonetas. Un hombre, probablemente el oficial de estos últimos, pues blandía un sable, lanzó un aullido de desafío y cargó contra los casacas rojas. Su sable restalló contra el cañón de un mosquete alzado para detener el tajo; entonces la bayoneta del sargento Scammell se hundió en las costillas del oficial. El hombre resolló, emitió un gemido, y otras dos puntas se clavaron en su cuerpo convirtiéndole en un desecho. El resto de los enemigos echaron a correr y se

dispersaron por el bosque. Otro de ellos, cuya camisa blanca era fácil de ver en la oscuridad, se abalanzó sobre un caballo sin ensillar y salió al galope.

La matanza concluyó tan rápido como había empezado. Un instante de triunfo y salvajismo y, acto seguido, los gritos de oficiales y sargentos haciendo un llamamiento a la disciplina. Sam se vio rodeado de casacas rojas sonrientes y desconocidos. Habían sido las compañías ligeras de seis regimientos diferentes las que habían tomado parte en aquel ataque, y casi todos tenían las bayonetas mojadadas. Un escocés cuyo tartán estaba empapado en sangre remató a un herido de una rápida y salvaje cuchillada; luego se acuclilló para registrar las ropas del caído en busca de monedas y comida.

Se establecieron las guardias, los hombres colocaron los pederuales entre las almohadillas de cuero y luego los atornillaron en los pies de gato. Un puñado de prisioneros, capturados en la taberna, fueron arrastrados al exterior. Los casacas rojas forzaron unas carcajadas, expresión del alivio que sentían al haber sobrevivido.

El amanecer anegó la tierra con una luz gris que iluminó el campo sembrado de cadáveres destripados. Sangre sobre sangre. Un perro lamía los charcos rojos. Los prisioneros, vestidos tan solo con pantalones y camisas, observaban horrorizados los cuerpos ensangrentados que yacían retorcidos sobre la hierba pálida. Uno de ellos empezó a vomitar. Otro a llorar. Otros se enfrentaban al cautiverio con ademán orgulloso y amargo.

En el claro que rodeaba a la taberna empezaron a zumbar las moscas, atraídas por la carnicería. Un enemigo, abatido mientras corría, había caído sobre una de las hogueras moribundas. El pelo y el cuero cabelludo le habían ardido hasta alcanzar un cráneo ahora chamuscado. Un casaca roja le estaba quitando los pantalones, de un lino excelente.

Nate dio con Sam. La bayoneta de Nate estaba inmaculada.

—Ha sido como cazar jabalíes —dijo un tanto anonadado.

Sam afilaba la punta de la bayoneta con una piedra. Vio el arma limpia de su hermano.

—Me sorprende que no hayas echado a correr con estos sodomititas.

—Yo solo no lo haría.

Nate se acuclilló junto a Sam y, con discreción, pasó la bayoneta por un pegajoso charco de barro ensangrentado para que pareciese

que había luchado con tanta saña como sus compañeros. Miró al sargento Scammell mientras lo hacía, pero su acosador estaba lejos.

—Pero correré —dijo con firmeza.

Sam señaló a los muertos con el mentón.

—Acabarás como ellos.

—Todos acabaremos como ellos —dijo Nate mientras observaba su bayoneta manchada—, a no ser que corramos.

El calor empezaba a alcanzar unos niveles odiosos y sofocantes. Los cadáveres empezarán a apestar si no eran enterrados pronto, aunque antes había que desvalijarlos. Los muertos fueron despojados de sus ropas, de sus monedas; se les arrancaron los dientes, que serían vendidos a hombres que fabricaban dentaduras postizas para los ricos. Otros casacas rojas rompían el pan seco y cortaban los gruesos trozos de ternera salada que constituían su desayuno.

El alférez Trumbull emergió de la taberna con un trofeo. Era una bandera enemiga; uno de los nuevos estandartes que habían hecho su aparición en los campos de batalla aquel verano. Trumbull, triunfal, empezó a agitar la bandera sobre su cabeza. Nate observó al chico de las charreteras.

—Idiota —dijo con desprecio.

—El idiota serás tú si desertas. —Sam le habló a su gemelo con severo afecto—. Te cogerán. Y si tienes suerte serás azotado. —Sam apuntó a su hermano con la bayoneta limpia y afilada—. Pero lo más probable es que te ejecuten.

—No me cogerán.

Sam se acabó de un trago el agua tibia y salobre que le quedaba en la cantimplora. Intentó contar los muertos, pero se dio por vencido cuando llegó al centenar. No había fallecido ningún británico. Las moscas zumbaban. Los primeros oficiales del Estado Mayor llegaron a caballo para ver el resultado de la carnicería nocturna que había convertido los campos en torno a la taberna en un caos. Los recién llegados rieron con ganas.

Uno de los oficiales del Estado Mayor le arrebató la bandera al alférez Trumbull y, volviendo grupas, cabalgó con ella hacia sus compañeros. Pasó junto a Sam, y, mientras lo hacía, el sol salpicó el horizonte con un brillo resplandeciente que iluminó la bandera enemiga. Sam, a la sombra de la enorme bandera por unos instantes, se crispó ante el fulgor de sus gruesas barras blancas y rojas con un círculo compuesto de estrellas blancas sobre un cuadrante azul. El



oficial pasó de largo y Sam parpadeó como si pretendiera librarse del vulgar destello del estandarte.

Los bloodybacks habían llegado de noche y habían llevado el acero a los yanquis. Sam Gilpin, casaca roja, se tumbó en la hierba y se quedó dormido.

## 2

A primera hora de la mañana del viernes 19 de septiembre de 1777, Jonathon Becket se despertó alarmado creyendo que el mundo estaba llegando a su fin.

Era un error excusable, ya que el domingo anterior el reverendo MacTeague había predicado el Segundo Advenimiento. Así que, cuando aquella noche las calles se vieron repletas de antorchas y los gritos despertaron a las gentes que dormían en sus camas, muchos de los habitantes de Filadelfia creyeron, como Jonathon, que los ángeles de alas relucientes de Dios habían llegado para erradicar el pecado del mundo.

Se oyeron trompetas y cascos de caballos cuyo eco retumbó en las largas y rectas calles de la ciudad. Los ciudadanos intentaban, torpemente, encender sus quinqués solo para descubrir que faltaba poco para el amanecer. El tumulto era idéntico al descrito en el *Apo-calipsis*. Los niños lloraban, y las llamas proyectaban siluetas espe-luznantes sobre las fachadas de las casas, donde las contraventanas empezaban a abrirse y la gente se asomaba para pedir nuevas a gritos.

Las noticias confirmaban que la amenaza a la que se enfrentaba la ciudad no era el fin del mundo, sino el ejército británico. Se habían avistado jinetes cruzando el Schuylkill a la altura de Upper Ferry. Los casacas rojas estaban de camino, y el pánico se apoderó de Filadelfia.

La verdad, sepultada por la alarma nocturna, era que una patrulla de caballería rebelde había estado explorando la orilla oeste del río y habían sido confundidos con los británicos, por lo que los patriotas habían huido al abrigo de la oscuridad.

Los delegados del Congreso rebelde metieron en sus baúles de viaje, y a toda prisa, documentos y objetos de valor. La Campana de la Libertad ya había sido retirada de la Casa del Estado, y los documentos de la biblioteca, así como el dinero de la Oficina Pública de Préstamos, habían sido enviados a los valles occidentales de Pensilvania. Y ahora los patriotas, los arquitectos de la revolu-

ción, los hombres que habían redactado la Declaración de Independencia, siguieron su estela.

Se uncieron los caballos a las carretas y estas fueron llevadas a las puertas de las casas, donde las fueron cargando con muebles. Las mujeres, inquietas, miraban hacia el oeste, temiendo ver en cualquier momento a los casacas rojas iluminados por la luz de las antorchas. Filadelfia había sido escogida como el hogar de la revolución, la capital de la recién nacida nación americana, y sus piadosos ciudadanos temían que la llegada del enemigo acabara siendo como el descenso de los filisteos sobre los hijos de Israel: soldados recubiertos de bronce, barbudos y terribles, en busca de venganza; en consecuencia, los niños lloraban y las fustas restallaban en la oscuridad.

Había terror y prisa, aunque no todos los ciudadanos temían a los casacas rojas. En Filadelfia había lealistas, *tories* que ansiaban que se restableciera el orden británico. En sus casas, la inquietud que provocaba la cercanía de las tropas del rey se mezclaba con el alivio y los agradecimientos a Dios ante la perspectiva de que al fin los rebeldes fueran expulsados. Abel Becket, cuyos almacenes dominaban los muelles de la ciudad, era uno de esos lealistas que, al oír la alarma, empezó a ladrar órdenes a sus sirvientes:

—¡Atrancad la puerta trasera! ¡Poned antorchas en la entrada, junto a las escaleras que llevan a la calle! ¡Vamos, aprisa!

Era un hombre alto, de pelo negro y corto que solía desaparecer bajo una pulcra peluca blanca y rizada. Era delgado, y cincuenta años de vida le estaban pasando factura a un rostro macilento, aunque sus ojos aún brillaban con juvenil agudeza. Abel Becket era comerciante, y, del mismo modo que su astucia le había servido para sortear los obstáculos provocados por los traicioneros y recientes debates políticos, su riqueza le había permitido sobrevivir durante los escasos años de gobierno rebelde en la ciudad. Había comerciado con los rebeldes, no le había quedado otra opción, aunque aquel intercambio no solo le resultó desagradable, sino que le reportó muy poco beneficio.

—¡Arriba, señorita! ¡Arriba!

Abel Becket despachó a una de las jóvenes cocineras a la sala de la parte superior, donde la señora Becket aguardaba acompañada de una biblia y un libro de oraciones. Al tiempo que la muchacha corría escaleras arriba, Jonathon Becket, que se había

puesto a toda prisa sus ropas negras, las bajaba cojeando de camino al recibidor, donde Abel Becket se disponía a recibir a las tropas británicas.

—¡Tío! —Jonathon arrastraba el pie derecho, hinchado y retorcido, recubierto de cuero como una monstruosidad—. ¿Qué ocurre, señor?

—Los británicos están cruzando el Schuylkill. La morralla rebelde huye. Solo Dios sabe lo que son capaces de hacer ahora que son presa del pánico.

Había júbilo en la voz de Abel Becket, no porque previera el caos, sino porque la derrota de los rebeldes parecía estar al alcance de la mano.

—¿Quién está en el almacén? —preguntó Jonathon.

—He hecho llamar a Woollard.

—Iré yo, señor.

—No es seguro.

A modo de respuesta, Jonathon se apartó el abrigo a un lado para dejar al descubierto la empuñadura de una pistola que le asomaba del cinturón. Por un instante, Abel Becket dudó entre la seguridad de su sobrino y la suerte que podían correr las valiosas mercancías almacenadas junto al muelle. Venció la codicia, y el comerciante abrió los cerrojos de la puerta principal.

—Ve con cuidado.

—Lo haré, señor.

Jonathon volvió a cubrir la pistola, luego salió renqueando a las calles y se adentró en una escena casi tan dantesca como la visión del Segundo Advenimiento que había tenido al despertarse. Al igual que una colmena que hubiera sido atizada, Market Street era un caos. En la calzada opuesta arrancaba una carreta a latigazos. El vehículo estaba cargado hasta los topes, como las gabarras que descendían el Delaware en primavera: camas y aparadores, mesas y sillas, baúles y cajas, todo ello atado sin orden ni concierto, amontonado sobre el lecho de la carreta. Mientras Jonathon observaba, un clavicordio se soltó de las apresuradas ataduras, rebotó en el pescante trasero y se estrelló en un suelo repleto de baches emitiendo un cacofónico estruendo. La rueda de un carruaje, tirado por cuatro caballos al galope, rebotó sobre los fragmentos de madera tallada y marfil. Nadie pareció percatarse de la pérdida en su desesperada prisa por huir.

Jonathon se abrió paso hacia el este entre la multitud. Oyó partes de conversaciones histéricas. Se decía que la caballería británica estaba saqueando Northern Liberties, que los hesianos habían empezado a incendiar Southwark, mientras que los casacas rojas ahogaban a los ciudadanos que intentaban escapar cruzando el Delaware. La muchedumbre reaccionaba a cada uno de los rumores tomando un camino diferente para huir de la ficticia amenaza. En la esquina de Second Street, por donde carruajes y carretas se dirigían al norte, hacia Frankfort Road, un predicador gritaba que debían arrepentirse, que Dios salvaría la ciudad si había suficientes justos que alabaran su nombre, pero los aullidos del predicador quedaban ahogados por el traqueteo de las ruedas y los relinchos de los caballos aterrados. Jonathon, cuyo rostro mostraba el dolor que sentía al caminar, se abrió paso entre el caos.

Había nacido tullido veinte años atrás. Los gritos de su madre aún se oían cuando, a la luz de una vela, comprobaron que había venido al mundo con la pierna derecha retorcida y que esta jamás llegaría a desarrollarse con normalidad. Su madre murió, pero Jonathon, para sorpresa de su padre, había sobrevivido. Había momentos en los que la gente olvidaba que Jonathon era un tullido. Quizá tuviera la pierna torcida y un pie zambo, pero jamás había querido inspirar lástima. Quizá no pudiera correr, pero montaba a caballo tan bien como cualquiera, incluso mejor que la mayoría. Quizá renqueara al andar, arrastrando el pie y bamboleándose, pero era alto y había heredado los rasgos agraciados y delicados de su familia.

Ahora, en medio del pánico desatado, Jonathon fue zarandeado por la muchedumbre; llegó a caer pesadamente junto a la entrada de un comercio, pero se incorporó y siguió avanzando, terco. No todos los patriotas fueron capaces de encontrar una carroza o una carreta que los alejase de la venganza realista, y Jonathon, a medida que se acercaba a los embarcaderos de la ciudad, se vio envuelto por una marea de refugiados que se dirigían a los barcos transbordadores del Delaware para cruzar a Nueva Jersey. Había una niña pequeña llorando, se había perdido. Chillaba desesperada en un portal de Front Street. Jonathon cogió a la niña, la levantó acercándola a la luz de una antorcha fija y gritó preguntando si alguien reconocía a la chiquilla. Su voz provocó que la muchedumbre se detuviera un instante.

—¿De quién es esta niña? ¿De quién es esta niña?

Una mujer se abrió paso contracorriente por la marea de familias y alargó los brazos para coger a la niña. Jonathon no quiso oír los agradecimientos de la mujer; siguió adelante y torció por un callejón que llevaba directo al muelle. Las puertas del almacén de su tío, por lo que podía ver, estaban intactas y los candados estaban en su lugar, pero la chalupa de casco plano que había atracada en el amarre de Abel Becket estaba repleta de hombres que, al no estar familiarizados con la nave, dificultaban la labor de la tripulación en sus esfuerzos por zarpar.

—¡Deteneos!

Jonathon llevaba cuatro años trabajando en los muelles y tenía una voz potente, capaz de llegar hasta un barco que se encontrase en medio del río.

Un hombre que pugnaba con el complicado resorte que mantenía la embarcación firmemente anclada contra la corriente reconoció la silueta renqueante a la luz bailarina de una antorcha.

—Es un Becket. ¡Ignorad a ese cabrón!

—Vienen los británicos...

—¡Aprisa!

Sus voces se unían para dar lugar a un tumultuoso balbuceo cargado de miedo. Mujeres y niños de rostros lánguidos a la luz de los quinqués de la chalupa se arremolinaban en torno al palo mayor. Más tripulantes, recién levantados de sus lechos tabernarios, recorrían el muelle a toda prisa.

—¡He dicho que os detengáis!

Jonathon sacó la pistola del cinturón, apuntó al cielo y presionó el gatillo. El disparo rasgó la noche y la sacudida provocada por el retroceso empujó hacia abajo su brazo. Los hombres de la embarcación, consternados por el repentino estruendo, se lo quedaron mirando. Jonathon, mientras el eco rebotaba en los muros del almacén y moría adentrándose en el río, habló con calma:

—La chalupa está destinada al transporte de pólvora para el ejército del general Washington. Y ya ha sido pagada. Si queréis llevaros el barco, llevaos también la pólvora. Acabo de llegar de la ciudad y allí aún no hay británicos. Si vienen, podéis zarpar. Eso sí, si no os lleváis la pólvora, los británicos se harán con ella y la usarán contra vosotros. —Volvió a colgarse la pistola del cinturón—. Además, la embarcación carece de lastre, así que os ahogaréis si no le ponéis algo de peso.

Las últimas palabras de Jonathon, o quizá su voz calmada y firme, bastaron para convencer a los refugiados. El muchacho afianzó su autoridad sobre aquellos hombres reticentes dando órdenes rápidas y seguras. Los quinqués, portadores de llamas traicioneras, recorrieron la embarcación de popa a proa. Se pusieron pasarelas para unir el muelle a la chalupa, luego sacaron rodando los enormes barriles del almacén, hacia el embarcadero, y los introdujeron con cuidado en la bodega. Cada uno de los barriles contenía cuatrocientas libras de pólvora fina, toda ella requisada a un barco mercante británico asaltado el otoño anterior en Chesapeake Bay por un corsario. Jonathon había comprado la pólvora y luego se la había vendido al ejército rebelde obteniendo un razonable beneficio. Si Jonathon se había aventurado en las calles en esa noche de histeria, había sido para proteger el valioso cargamento y para evitar que los británicos se hicieran con él.

Los barriles traquetearon sobre las piedras, luego por las pasarelas, pero ningún casaca roja apareció para interrumpir los trabajos. Quien sí apareció fue un hombre gigantesco de hombros caídos que más parecía un buey de carga y que llegó a toda prisa exigiendo saber quién había autorizado la carga.

—He sido yo.

Jonathon había permanecido entre las sombras de la cubierta, pero ahora, renqueando, volvió al muelle.

El enfado de Ezra Woollard se desvaneció al ver al sobrino de su patrón cojeando a la luz de los quinqués.

—¿Sabe su tío que está haciendo esto, señor Jonathon?

—Me ha enviado él.

La respuesta de Jonathon era ambigua y Woollard, percibiendo la evasiva, frunció el ceño.

—¿Y por qué hacer que se lleven la pólvora?

—Porque la han pagado.

—Pero si llegan los británicos, señor Jonathon, se la podemos vender a ellos también. Dos pagos por la misma mercancía.

—El Congreso ha pagado por ella, y se la daremos al Congreso.

Jonathon era alto, pero al lado del gigantesco Woollard, capataz y encargado de almacén de Abel Becket, parecía un enano. Al igual que Woollard, Jonathon trabajaba para Abel Becket, aunque en cuestión de meses Jonathon pasaría a ser uno de los herederos de su tío y se convertiría en socio propietario del negocio de Becket.

Hasta entonces Ezra Woollard había tratado a Jonathon con una cautelosa mezcla de desprecio y respeto que dejaba patente el resentimiento del capataz ante la idea de que aquel tullido se convirtiera, tarde o temprano, en su patrón.

—¿O acaso está enviando el cargamento porque, por culpa de una mujer, sus simpatías ahora son otras? —dijo Woollard con malicia.

Jonathon hizo oídos sordos a la provocación.

—Apártate de mi camino, Woollard.

—¡Por supuesto, excelencia! —Woollard hizo una irónica reverencia, dio un paso a un lado y observó el avance de los barriles por el muelle pedregoso.

Cada vez era menos el gentío que se agolpaba en los embarcaderos destinados a los transbordadores. Las llamas de las antorchas empezaban a perder brillo ante las primeras luces grisáceas del amanecer. El capitán de la chalupa dio las gracias a Jonathon.

—He estado a punto de perder mi barco. Gracias.

—Y también la pólvora.

—Hoy en día eso es mucho más valioso. No sé cuándo volveré a verle, señor Becket, pero que Dios le bendiga.

La pesada chalupa se adentró en la corriente y, con las velas desplegadas, se apropió de la brisa matinal para llevar su carga hacia el norte. Mientras observaba el destello plateado de la estela que la embarcación dejaba tras de sí sobre las aguas oscuras, Jonathan sintió un repentino cansancio, pesado como el cargamento que acababa de salvar de los británicos.

Woollard se había esfumado. Jonathon cerró el almacén con llave y, por un instante, observó con esperanza la otra orilla del río. Sin embargo, fuera lo que fuese lo que quería ver, no apareció, así que dio la espalda a las aguas. Arrastraba el pie derecho al caminar. Había momentos en los que odiaba oír el sonido de su pie raspando el suelo, en los que se despreciaba por esa burla que era su pierna, aunque lo que más odiaba era que se compadeciesen de él, odiaba incluso que se dieran cuenta de que no era un hombre entero.

Ahora las calles estaban más tranquilas. Los patriotas habían huido, y los lealistas, que parecían presentir que los británicos, al final, no estaban de camino, se lanzaron a explorar la ciudad iluminada por el amanecer, para ver quién se había quedado y quién se había ido. Los tories siempre habían sido más que los rebeldes



en Filadelfia, y Jonathon se dio cuenta, avergonzado, de que su ciudad le daría la bienvenida a la ocupación británica.

Renqueó hasta la esquina de Market con Fourth y una vez allí subió las escaleras de una gran casa de piedra. Las contraventanas estaban abiertas, lo que indicaba que la casa había despertado, así que llamó a la puerta. Bostezó y miró hacia occidente, como si esperara ver a los casacas rojas allí donde las calles de la ciudad se convertían en campos. No se percibía movimiento. Lo único que se oía era el canto de los gallos y los mugidos de las vacas pidiendo ser ordeñadas. Tiempo atrás los amaneceres en Filadelfia habían sido una alegre cacofonía de campanadas, pero los rebeldes se habían hecho con las campanas y las habían fundido para fabricar cañones. Jonathon se dio la vuelta y golpeó la puerta una vez más con la aldaba de latón.

La puerta se abrió esta vez nada más llamar.

—¡Por Dios, qué temprano has venido! —Martha Crawl hizo una mueca ante la cegadora luz del sol—. No he visto un amanecer desde el día de mi boda, y rogué entonces para no volver a verlo jamás. Entra, querido hermano.

Jonathon cojeó siguiendo a Martha hacia la sala de visitas que había arriba.

—Creía que os habrías marchado.

—¿Y dejar aquí todas estas cosas bonitas para que los casacas rojas las destrocen? —dijo Martha haciendo un gesto con el que abarcó la sala, que, efectivamente, estaba repleta de cosas bonitas. Un espejo veneciano coronaba una chimenea de mármol blanco, sobre la que había un reloj dorado a cuyos flancos se alzaban sendos candelabros esbeltos de plata fina. El marido de Martha, un abogado, había comprado cuadros en Europa, dibujos magníficos en los que se representaban antiguas ciudades y paisajes arcadios. También había comprado muebles de los mejores ebanistas de Londres. Thomas Crawl había sido un hombre de refinados gustos, y a Martha le gustaba decir que había tenido el detalle de morir pronto para que ella, de veintiséis años de edad, se convirtiera en una viuda rica. Además de su fortuna, Crawl también le había dejado a Martha una hija, Lydia, que ahora tenía seis años.

—No se ha despertado —dijo Martha—. Solo Dios sabe por qué. ¿Te apetece un té?

—Por favor.

Jonathon tomó asiento mientras Martha se acercaba a la campanilla para llamar al servicio. Era tan alta como su hermano menor, y tenía los mismos rasgos finos, que algunos consideraban demasiado huesudos como para tenerla por una belleza, pero Martha compensaba ese defecto con su elegancia natural. Sus cabellos, al igual que los de Jonathon, eran de un negro intenso, aunque esa mañana los tenía ocultos bajo la cofia. Se volvió hacia su hermano.

—Estás muy sucio.

—He estado organizando un cargamento de ochenta barriles de la mejor pólvora, para que no caiga en manos de los británicos.

—Que no han llegado —dijo Martha secamente—. Puede que ya nunca lleguen.

—Dependerá de que el general Washington sea capaz de detenerlos.

—No lo consiguió la semana pasada, ¿verdad?

Los británicos habían avanzado con cautela desde sus barcos en Chesapeake Bay, el ejército rebelde les había salido al paso en Brandywine Creek y allí, una vez más, los flancos del general Washington habían acabado superados y este, derrotado. Era la historia de siempre. El general solo había ganado una batalla: había sido el invierno anterior, en Trenton. Mil prisioneros hesianos habían recorrido las calles de la ciudad como prueba del triunfo. Verlos había alentado las esperanzas de los patriotas, que creyeron que al fin su general había dado con la receta de la victoria. Con esa esperanza habían vitoreado a las tropas que partieron hacia Brandywine, pero callaron una semana después, cuando los hombres, heridos, derrotados y desmoralizados, volvieron.

Los lealistas estaban entusiasmados, mientras que los patriotas cayeron presa de la desesperación. Martha y Jonathon compartían esa desilusión, porque aunque su tío fuera un tory y un realista, Martha se había casado con un *whig*, mientras que Jonathon había seguido con entusiasmo los fervientes debates que habían tenido lugar en la ciudad y había decidido inclinarse por el bando rebelde. Ahora esa lealtad a la causa sería puesta a prueba, porque, por primera vez desde que empezara la contienda, los británicos se acercaban a Filadelfia.

Martha vio de reojo que Jonathon se masajeaba el muslo derecho.

—¿Te duele?

—He caminado más de lo normal. No tenía tiempo de ensillar el caballo.

—Pobre Jonathon.

Martha era la única persona a la que le permitía compadecerse de él, pues, desde su nacimiento, ella había sido su más cercana compañera. El matrimonio la había alejado de casa, luego el padre de ambos había muerto y Jonathon había entrado al servicio de su tío, aunque la complicidad entre hermano y hermana jamás había cesado. Jonathon ya no era un chiquillo tullido necesitado de protección, pero Martha tenía el hábito enraizado en lo más profundo.

Llegó el té. Jonathon estaba sentado en la silla que había junto a la ventana, observando con tristeza los tejados.

—Lo de anoche fue vergonzoso. Jamás pensé que vería a la gente rebajarse hasta tal punto.

Martha esbozó una media sonrisa.

—Eres demasiado severo, hermano.

—¡Ha sido indigno!

Martha se encogió de hombros.

—Estoy convencida de que la huida de los británicos de Boston fue igual de ignominiosa.

Jonathon sonrió al instante para agradecer el consuelo, luego se apoyó en la ventana.

—¿Crees que podemos ganar?

—No sueles hacer preguntas tan estúpidas. ¿Acaso piensas que tengo el don de la profecía?

Jonathon hizo una mueca, no de dolor, sino de repentino enfado.

—¡Es que no puedo soportar la idea de tenerlos aquí! ¡Recorriendo nuestras calles! ¡Metiéndose en nuestras casas! ¡Riéndose de nosotros!

—Si es que vienen... —Martha no parecía demasiado esperanzada, pero había llegado el momento de que los patriotas se aferraran a un clavo ardiendo—. Pero he oído que quizá se dirijan al sur, a Baltimore.

Jonathon no estaba escuchando. Aún tenía la mirada perdida en los tejados, recortados contra lo que prometía ser otro día sin nubes.

—No soporto la idea de quedarme y ver cómo se regodean.

—Será duro —dijo Martha mostrándose de acuerdo.

Jonathon se volvió hacia ella.

—Así que me voy.

Martha se quedó inmóvil. Su hermano era una silueta oscura en la ventana, pero no necesitaba verle la cara para saber la expresión terca que estaba esbozando.

—¿Irte?

—He sido útil hasta la fecha —dijo Jonathon; de pronto su voz se antojaba febril—. Soy un buen comerciante, he servido al Congreso, he suministrado al ejército pieles, hierro, pedernal y pólvora, y, sin embargo, vienen los británicos. Ahora, si comerciamos, tendrá que ser con el enemigo. Así que ya no soy útil. ¡Si me quedo aquí, tendré que aceptar oro británico y tratar con comerciantes británicos, y no puedo hacerlo! ¡No estoy dispuesto a hacerlo!

—¿Acaso eres demasiado orgulloso para hacerlo?

—Si así es como quieres llamarlo, de acuerdo.

Martha aún observaba la silueta de su hermano.

—Entonces ¿qué harás?

—¡Puedo cabalgar! —Jonathon se dio una palmada en la pierna derecha—. Es cierto que no puedo marchar, pero monto tan bien como cualquiera, y todo lo que necesita hacer un jinete es cabalgar y luchar. —Le dedicó una sonrisa a su hermana—. Voy a presentarme voluntario.

—¡Claro que puedes cabalgar! —dijo Martha a modo de reprimenda—. Pero ¿qué pasa si matan al caballo? ¿Qué harás? ¿Retirarte dando saltitos?

Jonathon rio.

—Si tengo que hacerlo, lo haré.

—¡Eres un necio! —Martha se puso en pie y se dirigió hacia él—. ¡Por Dios, Jonathon! ¡Eres un necio! ¿O tiene que ver con Caroline?

—Jonathon no respondió, y Martha, irritada ante su calma, le espetó—: ¡No puedes casarte con ella!

Jonathon sonrió.

—Descuida, no le he pedido matrimonio.

Martha, más visceral que su hermano, sintió que su enfado crecía por momentos.

—¿Sabe leer?

—Y muy bien, por cierto.

—Sabes que Ezra Woollard quería casarse con ella...

—Y ella dijo que no.

A veces las respuestas de Jonathon eran parcas. Era una costumbre que molestaba a bastante gente, porque incluso cuando se le provocaba solía mantener la calma y siempre parecía sensato.

Martha, por el contrario, podía llegar a mostrarse muy poco razonable.

—¡Es una tendera! ¡Vive al otro lado del río! ¡Vende verduras!

—Y yo soy comerciante —rio Jonathon—. Pero en respuesta a tu pregunta, querida hermana, debes saber que Caroline ya ha intentado convencerme para que no abandone la ciudad. Piensa lo mismo que tú.

—Eso la honra —dijo Martha, mordaz—. Por Dios, ¿no has hecho ya bastante? ¡El ejército necesita hombres enteros, no tullidos!

Jonathon no se inmutó ante la provocación.

—Necesita hombres.

—No permitiré que lo hagas. —Martha volvió a su sitio junto a la ventana—. Si te vas a luchar, perderás tu herencia, y todo el trabajo de nuestro padre no habrá servido para nada. Ezra Woollard se hará con el negocio. ¡A Abel le cae bien! Y el tío Abel no tiene un hijo al que dejarle nada. ¿Es eso lo que quieres?

—Creo que quiero lo mismo que quieres tú: libertad.

—¡Dios misericordioso! —Martha miró fijamente a los ojos negros e impassibles—. Siento haberte llamado tullido.

—Pero es cierto. Arrastro el pie por la ciudad para solaz de los niños. Es algo a lo que ya me he acostumbrado. Pero ahora quiero ser soldado.

Martha se sentó a su lado.

—Supón que te ofrezco otra forma aún mejor de luchar contra los británicos.

—Dime.

Martha dudó un instante, como si estuviera buscando las palabras adecuadas que evitaran que su hermano cometiera una estupidez.

—Yo me quedo en la ciudad porque es mi hogar, porque es el hogar de Lydia, y porque no puedo soportar la idea de que me persigan los casacas rojas por montes y valles. Así que soportaré su presencia, pero lucharé contra ellos. Organizaré recepciones, Jonathon, les daré vino y contrataré músicos, escucharé sus bobadas, y

todo el tiempo estaré alerta para obtener información. Tú puedes hacer lo mismo. Si comercias con los británicos, llegarás a conocerlos. Confiarán en ti, te contarán cosas. ¡Y serás testigo de lo que ocurra en los muelles! Las tropas que llegan, cuántos son... Eso es lo que tenemos que hacer por nuestro ejército, y es mucho más útil que apretar un gatillo.

—Puede.

—¡«Puede» no! ¡Es así! —Martha buscó alguna otra razón para hacer que Jonathon se quedara y, en su desesperación, recurrió a un argumento que iba en contra de todo lo que quería para su hermano—. Además, Caroline se quedará aquí. Estarás cerca de ella.

Jonathon permaneció en silencio unos instantes. Contempló las columnas de humo que surgían de las chimeneas de las cocinas. Entonces suspiró.

—Si me quedo aquí, rodeado de comodidades, me odiaré.

—Nadie podrá echártelo en cara.

—¿Por esto? —dijo Jonathon golpeándose la pierna derecha.

—Sí, por eso.

El muchacho sonrió.

—Pero tanto tú como yo, hermana, sabemos que puedo hacer casi lo mismo que cualquier otro. Y si otros pueden luchar y arriesgar sus herencias, yo también puedo poner en peligro la mía. Nadie me lo echaría en cara, salvo yo mismo.

—Eres un idiota. —Martha miró por la ventana—. Los británicos aún no han llegado, y los lealistas no están alardeando de su victoria. ¿Esperarás al menos? Eso es todo lo que te pido, que esperes.

—¿Para que tengas tiempo de convencerme?

—Para convencerte de que quedándote puedes hacerle más daño al enemigo que yéndote, por eso.

—Esperaré —dijo Jonathon—. No tenía intención de irme de inmediato, así que tendrás tiempo para atosigarme.

—No es mi intención atosigarte. —Martha cerró los ojos—. He perdido a mi madre, a mi padre y a mi marido. ¿Y ahora te pierdo a ti?

—Dios ya se ha reído bastante de mí —dijo Jonathon con desprecio—, no creo que tenga intención de hacerme cosas peores.

—¿Te crees que vas a vivir para siempre? —preguntó Martha con amargura.

—Creo —dijo Jonathon con calma— que me apetece otra taza de té.

Y así, Filadelfia, una de las más bellas ciudades de la costa americana, esperó a oír el redoble de los tambores extranjeros. Los casacas rojas estaban en camino.